

hiciese de ella. Si no se hubiera tratado más que de cubrir las fronteras, la seguridad de los ciudadanos y su propio poder, esta arma podía salvar á la vez la nacion y la libertad; pero si se entregaba á los partidos para destruirse mutuamente, perdía y deshonraba la revolucion. Los girondinos no se atrevieron á rehusar aquella medida á la impaciencia pública y á la urgencia de la necesidad. Por una burla extraña de las cosas humanas, Barere, que se negaba á aquella ley, debía ser el que hiciese de ella el más sangriento uso, y Danton, que la pedía, debía entregarle su cabeza. La víctima forjaba la cuchilla, y el sacrificador la rehusaba.

VIII

Sublevado el pueblo por el peligro público y por el comité de insurreccion, sitiaba aún la Convencion. El proyecto de degollar á los girondinos en su casa se fraguó de nuevo en un conciliábulo del arrabal de San Marcelo. Danton, que sabía por sus agentes aquellas tramas urdidas y deshechas á voluntad suya, hizo advertir á los amenazados para que por segunda vez abandonasen sus casas. Intimidaba con una mano y protegía con la otra; se proporcionaba apoyos, esperanzas y reconocimientos en los tres partidos; quería ser necesario y terrible para todos á la vez; él solo impedía el choque entre la Gironda y la Montaña; decidiéndose él, estaba decidida la victoria.

Pero aquella superioridad de la actitud de Danton ajaba el orgullo de los girondinos. Respondían á sus proposiciones con desprecios, perseguían á Robespierre hasta en su silencio, atribuían á estos dos hombres toda la demencia de Marat y todos los delirios de la anarquía, y casi disculpaban á Marat para que cayese todo el odio sobre Danton y Robespierre. «Marat—decía Isnard en la tribuna—no es la cabeza que concibe, sino el brazo que ejecuta; es el instrumento de los hombres pérfidos que se burlan con destreza de su sombría crueldad y envenenan sus disposiciones naturales, que ven todos los objetos bajo colores fúnebres, le persuaden lo que ellos quieren, y le hacen ejecutar lo que les agrada. Cuando han acalorado su fantasía, este hombre divaga y delira como ellos quieren.»

Los miembros de aquel partido, reunidos en junta en casa de Roland, se decidieron al fin á aprovecharse de la indignacion que la insurreccion del pueblo contra la Convencion acababa de excitar entre los ciudadanos de Paris para reconquistar un ascendiente que se les escapaba. Vergniaud, que callaba hacía mucho tiempo, cedió á las instancias de sus colegas, y preparó un discurso para pedir venganza á la opinion de los puñales de Marat. Pero ya se habia introducido la division en la faccion de la Gironda. Vergniaud, amado y admirado de todos los girondinos, no manifestaba ya la política de su partido; afectaba el papel de moderador, y de este modo se acercaba á Danton. No habia entre estos dos hombres que se tocaban más que la sangre de Setiembre. Vergniaud habló de este modo:

«Cercado sin cesar por la calumnia, me he abstenido de subir á la tribuna mientras creí que mi presencia podría excitar las pasiones, y que no podía llevar á ella la esperanza de poder ser útil á mi país. Pero hoy que estamos todos, al ménos yo lo creo así, reunidos por el sentimiento de un peligro que se hizo recíproco; hoy que toda la Convencion nacional se halla en el borde de un abismo, al

cual el menor impulso puede precipitarla para siempre con la libertad; hoy que los emisarios de Catilina, no sólo se presentan á las puertas de Roma, sino que tienen la insolente audacia de venir hasta este recinto á desplegar los signos de la insurreccion, no puedo guardar un silencio que sería una verdadera traicion. Diré la verdad sin temor á los asesinatos, porque éstos son cobardes y sé defender mi vida contra ellos.» Despues de haber recordado los atentados á la propiedad en los meses



Cambon.

de Febrero y Marzo, continúa: «Así, de crímenes en amnistía y de amnistía en crímenes, un gran número de ciudadanos ha venido á confundir los motines sediciosos con las insurrecciones contra la libertad. Se ha visto desarrollarse este extraño sistema de libertad, segun el que se os dice: «Sois libres, pero pensad como nosotros, ó si no, os denunciaremos á la venganza del pueblo; sois libres, pero inclinad la cabeza ante el ídolo á quien quemamos incienso, ó si no, os denunciaremos á la venganza del pueblo; sois libres, pero reunios á nosotros para perseguir á los hombres cuya probidad y conocimientos tememos, ó si no, os denunciaremos por medios ridículos á la venganza del pueblo». Entónces, ciudadanos, ha sido

permitido temer que la revolucion, como Saturno, devorase sucesivamente todos sus hijos.

»Una parte de los miembros de la Convencion nacional ha mirado la revolucion como concluida desde el dia en que Francia ha sido constituida en república; desde entónces he creido que convenia contener el movimiento revolucionario, devolver la tranquilidad al pueblo, y hacer pronto las leyes necesarias para que ésta fuese durable. Otros miembros, al contrario, alarmados por los peligros con que la coalicion de los reyes nos amenaza, han creido que importaba perpetuar la efervescencia. Unos han visto en la apelacion al pueblo, ó en la simple reclusion del culpable, el medio de evitar una guerra que iba á hacer derramar arroyos de sangre, y un homenaje solemne tributado á la soberanía nacional. Otros han visto en aquella medida un gérmen de guerras intestinas y una condescendencia para el tirano. Ellos han llamado á los primeros realistas, y los primeros han acusado á los segundos de que se mostraban tan ardientes en hacer caer la cabeza de Luis para colocar la corona sobre la frente de un nuevo tirano. Desde entónces, el fuego de las pasiones se encendió con furor en el seno de aquella asamblea, y la aristocracia, no poniendo límites á sus esperanzas, concibió el infernal proyecto de que la Convencion se destruyese por sí misma. La aristocracia dijo: «Inflamemos aún más los odios, hagamos de modo que la Convencion nacional sea ella misma el cráter ardiente de donde salgan las expresiones sulfurosas de conspiracion, traicion, contrarevolucion, y nuestro odio hará lo demas; y si en el movimiento que excitemos perecen algunos miembros de la Convencion, presentaremos despues á Francia á sus colegas como asesinos y verdugos.»

Despues de denunciar todos los hechos que revelaban un plan de insurreccion y de asesinato en los dias 9 y 10 de Marzo, continuó Vergniaud: «Ciudadanos, tal es la profundidad del abismo que se habia abierto bajo nuestros pasos. ¿Al fin ha caido la venda de vuestros ojos? ¿Habreis aprendido á reconocer los usurpadores del título de amigos del pueblo?

»Y tú, pueblo infortunado, ¿serás aún por más tiempo el juguete de los hipócritas que prefieren mejor obtener los aplausos que merecerlos? ¡Los contrarevolucionarios te engañan con las palabras de libertad y de igualdad! Un tirano de la antigüedad tenia una cama de hierro donde hacía extender á sus víctimas, mutilando á las que eran más grandes que la cama, dislocando dolorosamente á las que lo eran ménos para que llegasen al nivel. Este tirano amaba la igualdad; ahí tienes la de los malvados que te desgarran por su furor. La igualdad para el hombre social es sólo la de los derechos; no es la de las fortunas, como no lo es la de las estaturas, de las fuerzas, del talento, de la actividad, de la industria y del trabajo. Lo demas es la licencia, que se presenta con la máscara de la libertad, y tiene, como los falsos dioses, sus druidas que quieren alimentarla de víctimas humanas. ¡Ojalá sufran estos sacerdotes crueles la suerte de sus antecesores! ¡Ojalá la infamia selle para siempre la piedra afrentosa que cubra sus cenizas!

»Y vosotros, colegas míos, ha llegado el momento: al fin es necesario optar entre una energía que os salve, y la debilidad que pierde todos los gobiernos. Si desmayais, juguete de todas las facciones, víctimas de todos los conspiradores, sereis bien pronto esclavos. Ciudadanos, aprovechemos las lecciones de la experiencia. Podemos trastornar los imperios con victorias, pero no harémos revolu-

ciones en los pueblos sino con la perspectiva de nuestra felicidad. Si queremos derribar los tronos, probemos que sabemos ser felices con una república. Si nuestros principios se propagan con tanta lentitud en las naciones extranjeras, es porque su brillo se ha empañado con sofismas, con movimientos tumultuosos, y sobre todo con un crespon ensangrentado. Cuando los pueblos se prosternaron por primera vez delante del sol para llamarle padre de la naturaleza, ¿creeis que estaria cubierto por las nubes destructoras que llevan consigo las tempestades? Sin duda que no: radiante de gloria avanzaba entónces en la inmensidad del espacio y derramaba sobre el universo la fecundidad y la luz. Pues bien, disipemos con nuestra firmeza estas nubes que cubren nuestro horizonte político, anonademos la anarquía, no ménos enemiga de la libertad que el despotismo; fundemos ésta sobre las leyes y una Constitucion sábia, y pronto vereis caer los tronos, romperse los cetros, y los pueblos, tendiéndonos los brazos, proclamarán con gritos de alegría la fraternidad universal.»

Este discurso elocuente, que proporcionó aplausos al orador, no produjo más que un vano eco que agitó el alma de la Asamblea, sin imprimirle ninguna direccion. Marat siguió al orador de los girondinos. El cinismo de su aspecto en la tribuna manifestaba claramente cuánto despreciaba aquella elocuencia y que no aspiraba á poseerla.

«No me presento—dijo—con discursos floridos y frases parásitas para mendigar aplausos, sino con algunas ideas luminosas á propósito para disipar la vana charlatanería que acabais de oír. Nadie se duele más que yo al ver aquí dos partidos, de los que uno no quiere salvar la revolucion, y el otro no sabe salvarla.» Concluidas estas palabras, prorumpen en aplausos las tribunas, como para intervenir en el alma de los girondinos el dardo que Marat acaba de lanzar. Este señala con la mano el banco de Vergniaud y sus amigos. «Aquí—dice—están los hombres de Estado; y no digo que su extravío sea un crimen, pues sólo detesto á sus jefes, pero está probado que los hombres que han apelado al pueblo querian la guerra civil, y que los que han votado por la vida del tirano votaron por la conservacion de la tiranía. Además, no soy yo quien los persigue, es la indignacion pública. Me opongo á la impresion de un discurso que llevaria á los departamentos el cuadro de nuestras disensiones y de nuestras alarmas.»

La Asamblea, dividida ya en dos mitades iguales, queriendo cada una de ellas borrar la victoria para no parecer vencida, votó á la vez que se imprimiese el discurso de Vergniaud y tambien el de Marat. Semejante aprobacion se parecia de tal modo á la injuria que, ofendido Vergniaud, declaró que su improvisacion se habia borrado de su memoria.

IX

En esta época, Danton tenia frecuentes conferencias con Guadet, Gensonné y Vergniaud; se inclinaba evidentemente al partido de aquellos hombres, cuyas luces, elocuencia y costumbres prometian á la república un gobierno ménos anárquico en lo interior y más imponente en lo exterior. Su conducta con este partido se resentia todos los dias más de aquellas disposiciones secretas. Atacado sin cesar por Brissot, Valazé, Louvet, Barbaroux, Isnard y Buzot, y por todos aquellos jóve-

nes girondinos á quienes dirigia la virtuosa indignacion de Roland, inflamada por la cólera de su esposa, Danton sufría en silencio sus insinuaciones contra él, aparentaba no oírlas, y nunca respondía; fuese magnanimidad ó prudencia, contenía su ardor y no cesaba de rehusar el combate que los imprudentes de la Gironda no dejaban de ofrecerle. De día en día desplegaba más Danton el genio de un diplomático. Hombre de accion sobre todo, daba á los girondinos el poder de voluntad y de unidad que les faltaba; dominaba el corazon del pueblo, del que Vergniaud y sus amigos sólo tenían el oído, y hubiese dado las masas á los girondinos, que tenían ya de su parte á los propietarios; unidos hubieran comprimido la anarquía en el corazon de Francia, sublevándola y lanzando la revolucion más allá de las fronteras. Danton tenía el instinto de aquella mision, y lloraba amargamente la obstinacion de los amigos de Roland en alejarse de él. «Su odio contra mí los pierde y me perderá quizás á mí despues,—decía á los mediadores entre aquéllos y él.— ¡Insensatos! ¡No saben lo que rechazan!» Pero á pesar de los pasos que intentaban con frecuencia los moderados de la Gironda, la reconciliacion fracasaba siempre. El pasado de Danton esterilizaba su genio, su complicidad con los ejecutores de Setiembre le perseguía, y perseguía en él á la república.

En esta época fué cuando á propuesta de Isnard se instituyó el primer comité de salud pública, cuyos miembros fueron nombrados con imparcialidad. Eran Dubois-Crancé, Petion, Gensonné, Guyton de Morveau, Robespierre, Barbaroux, Ruhl, Vergniaud, Fabre d'Eglantine, Buzot, Delmas, Guadet, Condorcet, Breard, Camus, Prieur (de la Marne), Camilo Desmoulins, Barere, Quinette, Danton, Sieyes, Lasource, Isnard, Cambaceres y Juan Debry. Los suplentes eran: Treilhard, Aubry, Garnier (de Saintes), Lindet, Lefebvre, Lareveillere-Lepaux, Ducos, Sillery, Lamarque y Boyer-Fonfrede. Las fuerzas de los partidos se balanceaban. Un aumento de energía caracterizó los actos del gobierno y de la municipalidad durante aquel corto período de conciliacion. El peligro de la patria inclinaba todos los pensamientos á la guerra. En Paris se tocaba á rebato, los tambores llamada, y las secciones corrían á las armas. Santerre estaba á la cabeza de dos mil ciudadanos armados, la Convencion mandaba, el comité de salud pública dirigía, la municipalidad hacía visitas domiciliarias para arrestar á los conspiradores, desarmar los aristócratas, desterrar de la capital á los nobles, los clérigos y los sospechosos. El tribunal revolucionario principiaba á tener sus sesiones y pronunciar sus primeros fallos. El instrumento de los suplicios se levantaba en la plaza de la Revolucion, como una institucion complementaria de la república; pero los girondinos separaban el cuchillo de la cabeza de los emigrados y de los aristócratas, y no se atrevían á herir á sus verdaderos enemigos.

X

Madama Roland desesperaba de la libertad desde que habian alejado á su marido. Las frias teorías de Robespierre helaban su corazon, y los andrajos de Marat ofendían su vista. Encerrada en su soledad, se preguntaba ya si el ideal de la revolucion que ella habia soñado era una de esas ilusiones del alma que engañan con perspectivas seductoras las imaginaciones deseosas del bien, y que se disipan al intentar tocarlas. Hubiérale sido dulce morir ántes del desencanto. El ardor de la

lucha y la grandeza de su valor habian sostenido su alma mientras que su esposo estaba en el poder; pero ahora, la actividad de su pensamiento se volvía contra ella misma y la devoraba. La ingratitud del pueblo se anticipaba á la gloria, y de todas las promesas de la república no habia visto realizarse más que las ruinas y los crímenes. La calumnia, que se encarnizaba en ella, la asustaba más que el cadalso. Habia conservado sus amigos Barbaroux, Petion, Louvet, Brissot y Buzot. Se preparaba á marchar de Paris y á retirarse de nuevo con su esposo y su hija á su casa de Beaujolais.

Mas no era únicamente por huir del ruido amenazador que sus enemigos hacían en torno de su nombre por lo que quería ocultarse en sus montañas, sino por huir de sí misma. Los peligros que corrían sus amigos le revelaban la fuerza con que los apreciaba. Casta como las estatuas de la antigüedad de que habia hecho su modelo, temió profanar en su alma, por el fuego de un amor vulgar, la llama pura y sobrenatural de la libertad. Resolvió alejarse, pues tenía aún más necesidad de su propia estimacion que de gloria. Quería ofrecer á la muerte una víctima sin mancilla.

Pero la agitacion del momento, las cuentas que Roland tenía que dar de su administracion, los peligros que aumentaban todos los dias, suspendían aquella marcha de semana en semana. Su alma, dividida entre su piadoso culto por Roland, su amor por su hija, las inquietudes por sus amigos, la vigilancia por sus sentimientos, y su dolor por los males de la patria, sufría á la vez todas las angustias de la esposa, de la madre y del jefe de partido. Conocía á su vez la amargura del odio del pueblo, el veneno de la calumnia, la indiferencia del hogar conyugal, las alarmas nocturnas por la vida de un esposo y de sus hijos, y todas esas angustias no habia sabido compadecerlas en la reina. Su casa, oculta en una sombría calle de un barrio del Panteon, encerraba tantos disgustos y gemidos como un palacio.